

QUE ME CON TAS?

CONTOS DO MUNDO

UNHA PRO DUC IÓN



BIBLIOTECA

IES CELANOVA
CELSO EMILIO FERREIRO

DICCIONARIO RAE

cuento

(Del lat. *compūtus*, cuenta).

1. m. Relato, generalmente indiscreto, de un suceso. 2. m. Relación, de palabra o por escrito, de un suceso falso o de pura invención. 3. m. Narración breve de ficción. 4. m. **cómputo**. *El cuento de los años*. 5. m. Embuste, engaño. *Tener mucho cuento. Vivir del cuento*. 6. m. coloq. Chisme o enredo que se cuenta a una persona para ponerla mal con otra.

DICIONARIO RAG

Conto

s.m. 1. Narración de feitos fantásticos e aventuras que se contan de maneira oral, para entreter, ou por escrito, como un relato literario breve. O avó *contáballes contos aos netos polas noites*. SIN. **historia** *Está a recoller contos populares*. CF. **fábula lenda** *Merquei un libro de contos de Ferrín*. 2. Cousa falsa ou rumor sen fundamento que se contan como certos, xeralmente con mala fe ou como escusa. *A min non me veñas con eses contos. Iso todo é un conto que acabas de inventar*. SIN. **fábula historia** CF. **canfurna, canfurnada**. 3. Caso do que se trata, asunto en cuestión. *O conto foiche así. Imos ao conto. Ese xa é outro conto*. 4. Aparencia engañosa coa que se adorna un para simular máis do que é. *Non te fíes das súas calidades que todo é conto. Ten moito conto*. 5. fam. Calquera obxecto, sobre todo se non se coñece ou non se lembra o seu nome. *Acádame eses contos de aí do chineiro*. SIN. **chintófano chisme, couso**. **Estar no cabo do conto**. V. cabo. **Vir a conto**. Estar relacionado co asunto de que se trata. *Iso non vén a conto*. SIN. **ser do caso, vir ao caso**. **Vivir do conto**. Vivir sen traballar aproveitándose dos demás por medio de astucias e enganos. *Pouco traballa, vive do conto*.

CONTOS DE GALICIA

O CONTO DE BOTA-LAS TRIPAS FÓRA

Era unha muller que tiña un fillo medio tolo, e o fillo xa era mozo. Un día, o mozo díxolle á nai que quería marchar polo mundo adiante. A nai non o quería deixar ir, pero tanto el insistiu e tanto el porfiou, que ó final tivo que darrle permiso. Antes de marchar, mataron un año e comérono, pero como o mozo non estaba a gusto se non facía algunha toleada, colleu as tripas do año e atounas de arredor do seu bandullo como se fosen un cinto. Despedíronse a nai e mailo fillo, e a nai deulle un consello:

— Fálalle a todo o mundo con educación. Tes que da-los bos días, as boas tardes e as boas noites, e cando encontres a alguén traballando, dilles "Deus vos axude".

O tolo marchou por un camiño e encontrou a dous homes pelexando. Acordouse do consello da nai e díxolles:

— Boas tardes. Deus vos axude. Os que pelexaban pensaron que estaba a burlarse deles e contestáronlle:

— Como que Deus nos axude? ¡Ímoste axudar nós a ti!

Pararon de pelexar entre eles e déronlle unha malleira ó tolo. Cando cansaron, o tolo díxolles:

— Eu se vos dixen "Deus vos axude" foi porque miña nai me mandou.

— Pois así non se di.

— E logo como hei dicir?

— Deus vos aparte.

O tolo seguiu polo camiño e chegou á porta dunha igrexa onde estaban a facer unha voda, e díxolles:

— Boas tardes. Deus vos aparte.

Os da voda, oíndo aquilo, fórónse a el e zoupáronlle ata quedar sen folgos.

— Por que me pegades?

— E aínda o preguntas? Por decir "Deus vos aparte".

— ¿E logo como hei dicir?

— Tes que decir "Deus vos aumente".

Botou a andar outra vez o tolo. Viu un home que estaba a curar uns furunchos que lle saíran nunha perna, e díxolle:

— Boas tardes. Deus vos aumente.

O que lle aumentaron foron os paus ó tolo, pois aquel home deulle unha tunda que non é para contala. O toliño comprendeu que non falara como debía, e preguntou:

— Seica non falei ó xeito? ¿Como teño que decir?

— Tes que decir "nin nazan nin reverdezan".

De alí a un pouco viu a uns labregos que andaban a sementa-lo trigo e díxolles:

— Boas tardes. Nin nazan nin reverdezan.

Os labregos pegaron a correr atrás del. Pero o tolo, que xa viña escarmentado, escapou.

Como lle estorbaban as tripas do año que traía na cintura, sacou a navalla e cortounas.

Unha muller que traía a comida para os labregos berrou:

— Non o colledes, que sacou a navalla e botou as tripas fóra, e agora corre moito máis.

Os labregos pensaron que para collelo habían de face-lo mesmo, sacaron as navallas, e cada un abriu o seu bandullo. E, claro, alí quedaron no sitio.

O PASTOR E O RAPOSO

Unha vez era un pastor, e o raposo comíalle as ovellas todas. O pastor xa non sabía como había de facer, así que chamou polo raposo e díxolle:

- Mira, raposo, ti e más eu non podemos seguir así. Propónolle un trato.
- Que trato é? — preguntou o raposo.
- A ver logo. Eu sei que a ti che gustan más as galiñas que as ovellas, ¿non sí?
- Home, para que o vou negar... Pero as galiñas telas gardadiñas na casa, e as ovellas téñoas más á man no monte.
- Pois mira. Se ti non me comes más ovellas, eu tráioche da casa un saco cheo de galiñas das más gordas que teño.
- O raposo lambía o fociño moi contento, pensando nas galiñas, e dixo:
 - Trato feito! Pero mira ben que mas vaías traer, porque se non mas traes...
 - Non te preocupes, ho, que mañá á primeira hora xa as tes aquí.
- O pastor marchou para a casa. Á mañá seguinte encheu un saco de cans e volveu ó monte. O raposo xa o estaba agardando, e preguntoulle ó pastor:
 - Que? Traes aí o que me prometiches?
 - Traio, ho! Aquí te-las galiñas que che prometín.
- E puxo no chan o saco cheo de cans. O raposo achegou o fociño ó saco para ver se lle ulía ben. E dixo:
 - Ai, galiñas serán, pero a min cheirar... chéiranme a can!
- Pero o raposo tiña gana de ve-las galiñas, e abriu o saco. Entón os cans botaron a correr atrás del... e disque o raposo aínda está correndo hoxe!

CONTOS DE ESPAÑA

EL HOMBRE DEL SACO

Había un matrimonio que tenía tres hijas, y como las tres eran buenas y trabajadoras, les regalaron un anillo de oro a cada una para que lo lucieran como una prenda.

Y un buen día, las tres hermanas se reunieron con sus amigas y, pensando qué hacer, se dijeron unas a otras:

- Pues hoy vamos a ir a la fuente.

Entonces la más pequeña de las hermanas, que era cojita, le preguntó a su madre si podía ir a la fuente con las demás; y le dijo la madre:

- No hija mía, no vaya a ser que venga el hombre del saco y, como eres cojita, te alcance y te agarre.

Pero la niña insistió tanto que al fin su madre le dijo :

- Bueno, pues anda, vete con ellas.

Y allá se fueron todas. La cojita llevó además un cesto de ropa para lavar, y al ponerse a lavar se quitó el anillo y lo dejó en una piedra. En esto que estaban alegremente jugando en torno a la fuente cuando, de pronto, vieron venir al hombre del saco y se dijeron unas a otras:

- Corramos, por Dios, que ahí viene el hombre del saco para llevarnos a todas -y salieron corriendo a todo correr.

La cojita también corría con ellas, pero como era cojita se fue retrasando; y todavía corría para alcanzarlas cuando se acordó de que se había dejado su anillo en la fuente. Entonces miró para atrás y, como no veía al hombre del saco, volvió para recuperar su anillo; buscó la piedra, pero el anillo ya no estaba en ella, y empezó a mirar por aquí y por allá por ver si había caído en alguna parte. Entonces apareció junto a la fuente un viejo que no había visto nunca antes y le dijo la cojita:

- ¿Ha visto usted por aquí un anillo de oro?

Y el viejo le contestó:

- Sí, que en el fondo de este costal está y ahí lo has de encontrar. Conque la cojita se metió en el costal a buscarlo sin sospechar nada, y el viejo, que era el hombre del saco,

en cuanto ella se metió dentro, cerró el costal, se lo echó a las espaldas con la niña guardada y se marchó camino adelante; pero en vez de ir hacia el pueblo de la niña, tomó otro camino y se marchó a un pueblo distinto. E iba el viejo de lugar en lugar buscándose la vida, así que por el camino le dijo a la niña:

- Cuando yo te diga: «Canta, saco, o te doy un sopapo», tienes que cantar dentro del saco. Y ella contestó que bueno, que lo haría así. Y fueron de pueblo en pueblo y allí donde iban el viejo reunía a los vecinos y decía:

-Canta, saco, o te doy un sopapo.

Y la niña cantaba desde el saco:

*Por un anillo de oro
Que en la fuente me dejé
Estoy metida en el saco
Y en el saco moriré*

Y el saco que cantaba era la admiración de la gente y le echaban monedas o le daban comida.

En esto que el viejo llegó con su carga a una casa donde era conocida la niña y él no lo sabía; y, como de costumbre, posó el saco en el suelo delante de la concurrencia y dijo:

- Canta, saco, o te doy un sopapo. Y la niña cantó:

“Por un anillo de oro que en la fuente me dejé estoy metida en el saco y en el saco moriré”.

Así que oyeron en la casa la voz de la niña, corrieron a llamar a sus hermanas y éstas vinieron y conocieron la voz y entonces le dijeron al viejo que ellas le daban posada aquella noche en la casa de sus padres; y el viejo, pensando en cenar de balde y dormir en cama, se fue con ellas. Conque llegó el viejo a la casa y le pusieron la cena, pero no había vino en la casa y le dijeron:

- Ahí al lado hay una taberna donde venden buen vino; si usted nos hace el favor, vaya a comprar el vino con este dinero que le damos mientras terminamos de preparar la cena. Y el viejo, que vio las monedas, se apresuró a ir por el vino pensando en la buena limosna que recibiría.

Cuando el viejo se fue, los padres sacaron a la niña del saco, que les contó todo lo que le había sucedido, y luego la guardaron en la habitación de las hermanas para que el

viejo no la viera. Y, después, cogieron un perro y un gato y los metieron en el saco en lugar de la niña. Al poco rato volvió el viejo, que comió y bebió y después se acostó. Al día siguiente el viejo se levantó, tomó su limosna y salió camino de otro pueblo. Cuando llegó al otro pueblo, reunió a la gente y anunció como de costumbre que llevaba consigo un saco que cantaba y, lo mismo que otras veces, se formó un corro de gente y recogió unas monedas, y luego dijo:

-Canta, saco, o te doy un sopapo.

Mas hete aquí que el saco no cantaba y el viejo insistió:

-Canta, saco, o te doy un sopapo.

Y el saco seguía sin cantar y ya la gente empezaba a reírse de él y también a amenazarle. Por tercera vez insistió el viejo, que ya estaba más que escamado y pensando hacer un buen escarmiento con la cojita si ésta no abría la boca:

-¡Canta, saco, o te doy un sopapo!

Y el saco no cantó. Así que el viejo, furioso, la emprendió a golpes y patadas con el saco para que cantase, pero sucedió que, al sentir los golpes, el gato y el perro se enfurecieron, maullando y ladrande, y el viejo abrió el saco para ver qué era lo que pasaba y entonces el perro y el gato saltaron fuera del saco. Y el perro le dio un mordisco en las narices que se las arrancó y el gato le llenó la cara de arañazos, y la gente del pueblo, pensando que se había querido burlar de ellos, le midieron las costillas con palos y varas y salió tan magullado que todavía hoy le andan curando.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

CONTOS DE EUROPA

LOS HIJOS DEL LEÑADOR

EL MAGO, EL SASTRE Y EL CAZADOR

En un tiempo muy, muy, muy remoto vivía una familia de leñadores tan pobre que tenía que compartir el hacha. Como talaban los árboles de uno en uno, apenas poseían dinero. De la madera que no vendían hasta aprovechaban el serrín. Tan pobres eran que comían la corteza de los pinos y se vestían con las hojas de las moreras que caían en otoño.

Un día un tremendo incendio arrasó el bosque y los leñadores se quedaron sin oficio porque ya no había árboles. Después de hablarlo mucho, los tres hermanos decidieron irse a buscar fortuna dejando en casa a sus padres.

Marchaban bromeando, cuando llegaron a un punto en el que el camino se dividía en tres direcciones. Cada uno continuó por una ruta diferente. Antes de despedirse con gran pena, se prometieron que volverían a encontrarse allí mismo pasado un año.

El primero de los hermanos halló a un hombre con una túnica que cambiaba de color con la luz. Se cubría la cabeza con un sombrero puntiagudo en forma de cucuricho y lleno de estrellas dibujadas. El extraño le preguntó a dónde iba tan solo por el mundo.

A buscar fortuna –respondió muy seguro.

-Pues vente conmigo –le animó.

Intrigado, el joven le preguntó cuál era su oficio.

-Yo soy mago. Leo el futuro en las estrellas y hago aparecer palomas de mi sombrero –le informó orgulloso.

Al muchacho no le entusiasmaba aquella profesión tan rara.

-Los reyes te llamarán para consultarte. Aprenderás a convertir el cobre en oro. Serás tan rico que no sabrás ni cuántas monedas llevas en el bolsillo.

Estas palabras convencieron al joven y se fue con él.

A su vez, el segundo hermano conoció a un sastre que buscaba un aprendiz al que enseñarle el oficio. El chico pronto cambió su ropa de hojas por un hermoso traje de buena tela. Las nieves invernales ya no le congelaban y los calores estivales no le derretían.

Por último, el tercero acabó acompañando a un valiente cazador. Su estómago se lo agradeció. Las tripas le rugían hambrientas desde que salió del hogar. Pronto demostró su dominio del arco, así que dejó de alimentarse solamente de frutas del bosque.

Pasado el año, los hermanos cumplieron su palabra y se juntaron en el mismo sitio en el que se habían separado. Los tres tenían ya un oficio, por lo que volvieron satisfechos a casa. Sus padres les recibieron muy contentos y escuchaban entusiasmados sus anécdotas.

Vivían tranquilamente cuando un día llegó al pueblo la noticia de que un dragón había raptado a las tres hijas del rey. El monarca ofrecía una generosa recompensa a los valientes que rescatasen a las princesas. Los hermanos, que echaban de menos la aventura, partieron en su ayuda.

El mago invocó un hechizo que les guió hasta la cueva de la malvada bestia en una isla en mitad del río. Con el dinero ahorrado alquilaron un barquito que les acercó a la orilla. Ya en tierra se colaron a hurtadillas en la cueva.

El dragón dormía profundamente la siesta sin vigilar a sus rehenes. Mientras roncaba a pierna suelta, los hermanos aprovecharon para rescatar a las princesas. No dejaron de correr hasta subir al barco.

Pero tanto jaleo despertó al monstruo. Con sus potentes alas voló hasta alcanzarles. Enfurecido, les amenazó con soltar una bocanada de fuego para achicharrarles.

El cazador no le dio tiempo a que atacase. Apuntó con su arco y le clavó una flecha en el corazón. El dragón se desplomó muerto sobre la cubierta del barco. En la caída desgarró las velas con sus patas. Sin ellas el viento no les movería y se quedarían en mitad de aquel río perdido para siempre.

El sastre demostró su habilidad con la aguja cosiéndolas de nuevo. Y de esta forma consiguieron regresar a salvo al palacio.

Durante el viaje, los hermanos y las princesas se contaron sus vidas. Al llegar a la corte se dieron cuenta de que se habían enamorado. Los padres de ellas, los reyes, y los padres de ellos, los leñadores, se alegraron mucho.

Gobernar un país es tarea complicada, así que el rey puso una condición para que pudieran casarse. Cada uno de los hermanos tendría que superar una prueba:

- Al cazador le pidió que atravesase cuatro dianas seguidas con la misma flecha.
- Al mago le mandó que encontrase una aguja en un pajar que estaba a muchas leguas de distancia sin moverse del palacio.
- Al sastre le encargó que con aquella misma aguja tejiera una alfombra usando las hojas caídas en su jardín.

Los tres hermanos superaron la prueba con éxito. La corte entera exclamó un larguísimo “¡Oooooooooohhhhhhhhh!” admirada por el talento de los jóvenes. Alguno incluso se quedó con la boca abierta para el resto de sus días.

Así, gracias a los oficios que habían aprendido, los tres hermanos se casaron con las tres princesas. Y como dicen en los cuentos, vivieron felices y comieron perdices.

CONTOS DA INDIA

LOS MONOS

Erase una vez un aspirante espiritual con mucha motivación, pero que tenía una mente muy dispersa. Tuvo noticias de un sobresaliente mentor y no dudó en desplazarse hasta donde vivía y decirle:

-Respetado maestro, perdona que te moleste, pero mi gratitud sería enorme si pudieras proporcionarme un tema de meditación, puesto que tengo decidido retirarme al bosque durante unas semanas para meditar sin descanso.

-Me complace tu decisión. Ve al bosque y estate contigo mismo. Puedes meditar en todo aquello que quieras, excepto en monos. Trae lo que quieras a tu mente, pero no pienses en monos.

El discípulo se sintió muy contento, diciendo: “¡Qué fácil es el tema que me ha proporcionado el maestro!; sí, realmente sencillo”. Se retiró a un frondoso bosque y dispuso una cabaña para la meditación. Transcurrieron las semanas y el aspirante puso término al retiro. Regresó junto al mentor, y éste, nada más verlo, preguntó:

-¿Qué tal te ha ido?

Apesadumbrado, el aspirante repuso:

-Ha sido agotador. Traté incansablemente de pensar en algo que no fuesen monos, pero los monos iban y venían por mi mente sin poderlo evitar. En realidad, llegó un momento en que sólo pensaba en monos.

El Maestro dice: La mente es amiga y enemiga; es una mala dueña, pero una buena aliada. Por eso es necesario aprender a contener el pensamiento y poner la mente bajo el yugo de la voluntad.

UN YOGUI AL BORDE DEL CAMINO

Era un yogui errante que había obtenido un gran progreso interior. Se sentó a la orilla de un camino y, de manera natural, entró en éxtasis.

Estaba en tan elevado estado de conciencia que se encontraba ausente de todo lo circundante. Poco después pasó por el lugar un ladrón y, al verlo, se dijo: “Este hombre, no me cabe duda, debe ser un ladrón que, tras haber pasado toda la noche robando, ahora se ha quedado dormido. Voy a irme a toda velocidad no vaya a ser que venga un policía a prenderle a él y también me coja a mí”. Y huyó corriendo.

No mucho después, fue un borracho el que pasó por el lugar. Iba dando tumbos y apenas podía tenerse en pie. Miró al hombre sentado al borde del camino y pensó: “Este está realmente como una cuba. Ha bebido tanto que no puede ni moverse”. Y, tambaleándose, se alejó.

Por último, pasó un genuino buscador espiritual y, al contemplar al yogui, se sentó a su lado, se inclinó y besó sus pies.

El Maestro dice: Así como cada uno proyecta lo que lleva dentro, así el sabio reconoce al sabio.

EL LORO QUE PIDE LIBERTAD

Ésta es la historia de un loro muy contradictorio. Desde hacía un buen número de años vivía enjaulado, y su propietario era un anciano al que el animal hacía compañía. Certo día, el anciano invitó a un amigo a su casa a deleitarse con un sabroso té de Cachemira. Los dos hombres pasaron al salón donde, cerca de la ventana y en su jaula, estaba el loro. Se encontraban los dos hombres tomando el té, cuando el loro comenzó a gritar insistente y vehementemente:

-¡Libertad, libertad, libertad!

No cesaba de pedir libertad. Durante todo el tiempo en que estuvo el invitado en la casa, el animal no dejó de reclamar libertad. Hasta tal punto era desgarradora su solicitud, que el invitado se sintió muy apenado y ni siquiera pudo terminar de saborear su taza. Estaba saliendo por la puerta y el loro seguía gritando: “¡Libertad, libertad!”.

Pasaron dos días. El invitado no podía dejar de pensar con compasión en el loro. Tanto le atribulaba el estado del animalillo que decidió que era necesario ponerlo en libertad. Tramó un plan. Sabía cuándo dejaba el anciano su casa para ir a efectuar la compra. Iba a aprovechar esa ausencia y a liberar al pobre loro.

Un día después, el invitado se apostó cerca de la casa del anciano y, en cuanto lo vio salir, corrió hacia su casa, abrió la puerta con una ganzúa y entró en el salón, donde el loro continuaba gritando: “¡Libertad, libertad!” Al invitado se le partía el corazón. ¿Quién no hubiera sentido piedad por el animalito?

Presto, se acercó a la jaula y abrió la puertecilla de la misma.

Entonces el loro, aterrado, se lanzó al lado opuesto de la jaula y se aferró con su pico y uñas a los barrotes de la jaula, negándose a abandonarla. El loro seguía gritando: “¡Libertad, libertad!”

El Maestro dice: Como este loro, son muchos los seres humanos que dicen querer madurar y hallar la libertad interior, pero que se han acostumbrado a su jaula interna y no quieren abandonarla.

EL COOLI DE CALCUTA

Un buscador occidental llegó a Calcuta. En su país había recibido noticias de un elevado maestro espiritual llamado Baba Gitananda. Después de un agotador viaje en tren de Delhi a Calcuta, en cuanto abandonó la abigarrada estación de la ciudad, se dirigió a un *coolí* para preguntarle sobre Baba Gitananda. El coolí nunca había oído hablar de este hombre.

El occidental preguntó a otros coolíes, pero tampoco habían escuchado nunca ese nombre. Por fortuna, y finalmente, un coolí, al ser inquirido, le contestó:

-Sí, señor, conozco al maestro espiritual por el que preguntáis.

El extranjero contempló al coolí.

Era un hombre muy sencillo, de edad avanzada y aspecto de pordiosero.

-¿Estás seguro de que conoces a Baba Gitananda? preguntó, insistiendo.

-Sí, lo conozco bien – repuso el coolí.

-Entonces, llévame hasta él.

El buscador occidental se acomodó en el carrito y el coolí comenzó a tirar del mismo. Mientras era transportado por las atestadas calles de la ciudad, el extranjero se decía para sus adentros: “Este pobre hombre no tiene aspecto de conocer a ningún maestro espiritual y mucho menos a Baba Gitananda. Ya veremos dónde termina por llevarme”.

Después de un largo trayecto, el coolí se detuvo en una callejuela tan estrecha por la que apenas podía casi pasar el carrito. Jadeante por el esfuerzo y con voz entrecortada, dijo:

-Señor, voy a mirar dentro de la casa. Entrad en unos instantes.

El occidental estaba realmente sorprendido. ¿Le habría conducido hasta allí para robarle o, aún peor, incluso para que tal vez le golpearan o quitaran la vida? Era en verdad una callejuela inmunda. ¿Cómo iba a vivir allí Baba Gitananda ni ningún mentor espiritual? Vaciló e incluso pensó en huir. Pero, recurriendo a todo su coraje, se decidió a bajar del carrito y entrar en la casa por la que había penetrado el cooli. Tenía miedo, pero trataba de sobreponerse.

Atravesó un pasillo que desembocaba en una sala que estaba en semipenumbra y donde olía a sándalo. Al fondo de la misma, vio la silueta de un hombre en meditación profunda. Lentamente se fue aproximando al yogui, sentado en posición de loto sobre una piel de antílope y en actitud de meditación.

¡Cuál no sería su sorpresa al comprobar que aquel hombre era el cooli que le había conducido hasta allí! A pesar de la escasa luz de la estancia, el occidental pudo ver los ojos amorosos y calmos del cooli, y contemplar el lento movimiento de sus labios al decir:

-Yo soy Baba Gitananda. Aquí me tienes, amigo mío.

El Maestro dice: Porque tenemos la mente llena de prejuicios, convencionalismo y toda clase de ideas preconcebidas, se perturba nuestra visión y se distorsiona nuestro discernimiento.

CONTOS DE ÁFRICA

EL BERIMBAU

Dice la leyenda, que una joven salió a pasear, y al atravesar el curso de un río, se agachó para beber agua con las manos. En el momento en que saciaba su sed, un hombre le dio un gran golpe en la nuca y la mató. Al morir, su cuerpo se convirtió en la madera del berimbau, sus brazos y piernas en la cuerda; su cabeza en la caja de resonancia y su espíritu en la música sentimental que se canta con este instrumento.

El Berimbau es un instrumento de cuerda percutida de origen africano. Llevado a Brasil por los esclavos africanos, se popularizó a través de manifestaciones como la samba, el candomblé y la capoeira, entre otras. Se toca percutiendo una baqueta (varilla de madera) sobre la cuerda o alambre (a menudo, hecho con el alambre de las ruedas de coches). Una pequeña cesta de mimbre que contiene semillas dentro hace de caja de resonancia, aunque también vale una calabaza. Sujetado entre los dedos y la palma de la mano, manteniendo una moneda junto a la cuerda, produce un sonido peculiar y característico de este instrumento.

Otra forma más simple es el llamado berimbau de boca, que consiste en un arco que utiliza la boca como caja de resonancia, bien sujetando la madera entre los dientes con la cuerda fuera de la boca, bien dejando la cuerda vibrar en la cavidad bucal, con la madera fuera. Recibe muy diversos nombres, como son Uricungo, Arco Musical, Bucumbunga, Gunga, ...

LA PIEL DEL COCODRILO

En algunas aldeas de Namibia cuentan que hace mucho, mucho tiempo, el cocodrilo tenía la piel lisa y dorada como si fuera de oro. Dicen que pasaba todo el día debajo del agua, en las aguas embarradas y que sólo salía de ellas durante la noche, y que la luna se reflejaba en su brillante y lisa piel. Todos los otros animales iban a esas horas a beber agua y se quedaban admirados contemplando la hermosa piel dorada del cocodrilo.

El cocodrilo, orgulloso de la admiración que causaba su piel, empezó a salir del agua durante el día para presumir de su piel. Entonces, los demás animales no sólo iban por la noche a beber agua sino que se acercaban también cuando brillaba el sol para contemplar la piel dorada del cocodrilo.

Pero sucedió que el sol brillante, poco a poco, fue secando la piel del cocodrilo, cubierta de una capa de reluciente barro; y cada día se iba poniendo más fea. Al ver este cambio en su piel, los otros animales iban perdiendo su admiración. Cada día, el cocodrilo tenía su piel más cuarteada hasta que se le quedó como ahora la tiene, cubierta de grandes y duras escamas parduzcas. Finalmente, ante esta transformación, los otros animales no volvieron a beber durante el día ni a contemplar la antigua hermosa piel dorada del cocodrilo.

Nuestro protagonista, antes tan orgulloso de su piel dorada, nunca se recuperó de la vergüenza y humillación y desde entonces nunca ha parado de llorar: cuando otros se le acercan se sumerge rápidamente, con sólo sus ojos y orificios nasales sobre la superficie del agua.

LA ZORRA Y EL LEÓN

SUDÁN

Un día los habitantes del valle se reunieron en consejo para una decisión muy importante. Había que solucionar un urgente problema. Empezó el buitre:

-Hay frecuentes peleas entre los habitantes de nuestro valle y nuestros vecinos. ¿No sería mejor que encargásemos a algunos de nosotros para apoyar nuestras razones y defender nuestros derechos?

- ¡Óptima idea es la tuya!- comentó la liebre-. Así podremos dedicarnos a las labores domésticas con paz y tranquilidad, sin tener que mirar quién hay a nuestras espaldas.

Y empezaron las discusiones. Uno quería elegir al gato, porque tiene el paso tan silencioso que puede acercarse a cualquiera sin que lo vean. Otro prefería al ratón, porque puede meterse por todas las rendijas y prevenir las jugadas del enemigo. Había que optar por el elefante, porque con sus bramidos se impondría ciertamente a los demás.

- ¡Se equivocan! - dijo la mona-, yo opino que debemos elegir al que sea más astuto y más fuerte. Todos estuvieron de acuerdo, pero cuando se trató de decidir quién era el más astuto y más fuerte, empezaron las contiendas.

Durante la noche la zorra fue a ver al león.

- Mira, amigo,- le dijo- es sabido que yo soy la más astuta de todos los animales y que a ti ninguno te iguala en fuerza. ¿Qué te parece si trabajamos juntos? Lo que no se ha encontrado nunca en un animal solo, se encuentra centuplicado en nosotros dos.

Todavía no se habían apagado los gritos de alegría por la elección de la zorra y del león como delegados del pueblo, y ya estaba la gallina en las fauces de la zorra.

-Pero- decía la infeliz- te hemos elegido para defendernos. ¿Así nos pagas?

- Bien ves que mis ocupaciones no me permiten ir a cazar. Además, necesito un alimento abundante y sustancioso. Tú, sé valiente y sacrifícate por el pueblo como me sacrifico yo.

- ¡Déjame, por favor!, que yo soy también pueblo- gimoteaba la gallina-; no me obligues a llamar al león. Pero, aunque lo hubiera llamado, éste no hubiera acudido porque estaba ocupado en deshacerse del gato.

-Me parece que nuestros representantes se divierten a nuestra costa- se atrevió a decir una noche la liebre.

- Es verdad- susurró la gacela-, pero callémonos, por favor, si no queremos acabar como la gallina y el gato.

Al día siguiente la gacela y el conejo perecieron, no se sabe cómo, víctimas de un accidente, y acabaron en el plato de sus representantes. Pronto se extendió el terror por toda la selva; hasta la crítica más pequeña al régimen era oída por la zorra y castigada por el león. De modo que, uno tras otro, los animales se vieron obligados a irse del valle y pedir asilo político a sus amigos de los alrededores. Y mientras los pobres exiliados se alejaban silenciosamente, el buitre desde lo alto de una roca silbaba una canción que comenzaba así:

*Si entre desdichas mil
no deseas vivir,
a violentos y astutos
cuida de no unir.*

TRO Y KOZO

SENEGAL

Tro (Gran antílope) y Kozo (Árbol) eran amigos íntimos. Tro tenía, por otra parte, en la persona de un cazador, al más terrible de los enemigos. Temía a su obstinado perseguidor tanto más cuanto se sabía muy visible, a causa de su alta estatura y sus largos cuernos.

Cierto día, extenuado a consecuencias de una larga carrera, Antílope pasó cerca de Árbol y se detuvo para contarle sus desgracias. -Hermano— le propuso Kozo-, nada es más fácil que substraerte a la vista del hombre: cuando corras algún peligro, refúgiate en mis ramas bajas, que cuelgan hasta el suelo y están abundantemente provistas de hojas. Estoy a tu entera disposición.

Tro se lo agradeció y, muchas veces, recurrió al amable ofrecimiento del fiel compañero. Se sentía del todo seguro bajo aquellas tupidas frondas donde ningún ojo humano hubiera podido descubrirle. Una mañana, tras una penosa excursión nocturna, Antílope se tendió bajo su amigo y dormitó; luego, acuciado por el hambre y sin valor para ir a buscar alimento, comenzó a ramonear las hojas de Árbol.

- ¿Qué estás haciendo? ¡Miserable! —gritó Kozo—Te doy asilo y he aquí que me despojas.

Tro se encogió de hombros, sin responder, prosiguió su comida, volvió cada día y, habiéndole cogido gusto a aquella nueva comida, consiguió desnudar todas las ramas que estaban a su alcance. Unos días más tarde, el cazador, pasando cerca de allí, no tuvo dificultad alguna en descubrir a Antílope profundamente dormido bajo Árbol, privado de su follaje.

Apuntó y lo dejó seco. Tro pagó así, con su vida, su negra ingratitud.

CONTOS DA CHINA

LOS PALILLOS DE MARFIL

Cuando Chu, último rey de la dinastía Chang, ordenó que de un marfil de inmenso valor se le fabricaran palillos para comer, su tío y consejero, el príncipe Ki, se mostró sumamente triste y preocupado. Los palillos de marfil no pueden usarse con tazones y platos de barro cocido: exigen vasos tallados en cuernos de rinoceronte y platos de jade, donde en vez de cereales y legumbres deben servirse manjares exquisitos, como colas de elefante y fetos de tigre. Llegado a esto, difícilmente el rey estaría dispuesto a vestir telas burdas y vivir bajo un techo de paja: encargaría sedas y mansiones lujosas.

-Me inquieta adónde conducirá todo esto -dijo el príncipe Ki.

Efectivamente, cinco años después el rey Chu de la dinastía Chang asolaba el reino para colmar sus despensas con todas las exquisitezas, torturaba a sus súbditos con hierros candentes, y se embriagaba en un lago de vino. Y de este modo perdió su reino.

EL ZORRO QUE SE APROVECHÓ DEL TIGRE

Un tigre apresó a un zorro.

-A mí no me puedes comer -dijo el zorro-. El Emperador del Cielo me designó rey de todos los animales. Si me comes, el Emperador te castigará por desobedecer sus órdenes. Y si no me crees, ven conmigo. Verás cómo todos los animales huyen apenas me ven y nadie se acerca.

El tigre accedió a acompañarlo y apenas los otros animales los veían llegar, escapaban.

El tigre creyó que temían al zorro y no se daba cuenta que escapaban por él.

CÓMO SE PESCAN CALAMARES

El calamar tiene ocho brazos que puede replegar sobre su cabeza: de tal modo se esconde de cualquier enemigo. Para protegerse mejor, también suelta un líquido muy negro, la famosa tinta que le sirve para ocultarse al menor peligro.

Cuando los pescadores ven que el agua se pone negra echan la red y así pescan fácilmente a los calamares.

EL HOMBRE DE LA FLAUTA DE BAMBÚ

Hace muchísimos años, al pie de las montañas Cinco Dedos, vivía un hombre que tocaba maravillosamente la flauta de bambú. Tan bien la tocaba que la oropéndola no se atrevía a competir con él, el mirlo no entonaba tan bellas melodías y ni siquiera la alondra trinaba con tan rica sonoridad. Cuando empezaba a tocar la flauta, los pájaros se detenían en pleno vuelo, los campesinos que labraban la tierra, dejaban sus faenas; los ancianos se sentían rejuvenecer y los niños saltaban de alegría... Y tan hermosa era su música que la gente creía que había bajado del cielo, por lo que le apodaron "Hombre que toca la flauta celestial".

Un día, el Rey-Dragón del Mar del Sur agasajó a las divinidades con un banquete en la playa. Ocho mil genios con ricas ropas exóticas charlaban y gozaban bebiendo en torno del anfitrión, que llevaba un hábito ceñido con un cinturón de jade. Y precisamente aquel mismo día de la fiesta, después de haber andado diez días y diez noches, el "Hombre que toca la flauta celestial" llegó a la playa para pescar. Tendió la red sobre el mar apacible, se sentó sobre una piedra limpia y lisa y comenzó a tocar la flauta. En ese mismo instante, cuando el Rey-Dragón levantaba la copa para brindar con sus huéspedes, oyó un sonido tan maravilloso como nunca había creído oír. Todos y cada uno de los dioses se quedaron en suspense, incluso se olvidaron de las mesas repletas de manjares y dejaron caer sus copas de jade. El hombre de la flauta no sabía ni podía imaginarse que, en aquel momento, tantas divinidades estuvieran escuchando cómo tocaba su flauta. Y los dioses, por su parte, estaban persuadidos de que quien así la tocaba sin duda debía de haber descendido del cielo superior al mundo humano.

Tanto le gustó al Rey-Dragón el sonido de aquella flauta que quiso encontrar al ejecutante para que enseñara a su hijo a tocar el instrumento. Y, siguiendo la dirección de donde venía el sonido, halló al hombre, el cual recogió su red, metió la flauta en su ancho cinturón y siguió al Rey-Dragón hasta su palacio.

Ya habían pasado tres años y el hijo del Rey había aprendido a tocar la flauta de bambú, por lo que el flautista, que añoraba mucho su familia y su pueblo, le rogó al padre que le dejara volver a casa. El Rey agradecido se lo concedió y le indicó a su hijo que acompañara al maestro para que escogiera dos regalos -los que quisiera- del tesoro real. Había allí piedras preciosas rojas, amarillas, azules...; lingotes de oro resplandecientes, y centenares de miles de valiosísimos objetos. El flautista recorrió detenidamente el salón del tesoro del Rey Dragón y, al ver una cesta cilíndrica hecha de tiras de bambú, pensó: "Este utensilio me puede servir para guardar los camarones y peces que pesque". Lo tomó y lo sujetó al cinturón. Después, en un armario, descubrió una capa para la lluvia y reflexionó: "Con esta capa puedo ir a la playa a pescar incluso en días de lluvia y viento".

Y éste fue el segundo y último regalo que escogió.

Al salir de la sala del tesoro acompañado del hijo del Rey-Dragón, éste, muy intrigado, le preguntó:

-¿Por qué has escogido estos objetos tan sencillos entre montones de oro y plata, perlas y piedras preciosas?

El maestro le contestó con una sonrisa:

-El oro y las piedras preciosas se gastan y desaparecen. En cambio, con esta cesta de bambú y la capa para la lluvia, puedo ir de pesca todos los días y, con los peces que pesque, nunca pasaré hambre.

Pero cuando regresó a su casa y fue por vez primera a pescar, descubrió que aquellos dos regalos eran realmente dos objetos maravillosos. Al volver de la pesca el cesto de bambú siempre rebosaba de relucientes peces, y la capa, desplegada, lo llevaba volando hasta el Mar del Sur, al lugar de la pesca. De esta manera, con el cesto de bambú y la capa para la lluvia, llegó volando a las montañas Cinco Dedos y, tan pronto como tocó su flauta, el sonido se extendió por el firmamento y el mundo entero rebosó de júbilo y alegría.

CONTOS DE ORIENTE

EL HOMBRE SABIO

CUENTO ÁRABE

Había una vez un anciano muy sabio, tan sabio era que todos decían que en su cara se podía ver la sabiduría. Un buen día ese hombre sabio decidió hacer un viaje en barco, y en ese mismo viaje iba un joven estudiante. El joven estudiante era arrogante y entró en el barco dándose aires de importancia, mientras que el anciano sabio se limitó a sentarse en la proa de barco a contemplar el paisaje y cómo los marineros trabajaban. Al poco el estudiante tuvo noticia de que en el barco se encontraba un hombre sabio y fue a sentarse junto a él. El anciano sabio permanecía en silencio, así que el joven estudiante decidió sacar conversación:

- ¿Ha viajado mucho usted? -

A lo que el anciano respondió: - Sí -

- ¿Y ha estado usted en Damasco? -

Y al instante el anciano le habló de las estrellas que se ven desde la ciudad, de los atardeceres, de las gentes y sus costumbres. Le describió los olores y ruidos del zoco y le habló de las hermosas mezquitas de la ciudad.

- Todo eso está muy bien. - dijo el estudiante - Pero... habrá estado usted estudiando en la escuela de astronomía. -

El anciano se quedó pensativo y como si aquello no tuviese importancia le dijo: - No. -

El estudiante se llevó las manos a la cabeza sin poder creer lo que estaba oyendo: - ¡Pero entonces ha perdido media vida! -

Al poco rato el estudiante le volvió a preguntar: - ¿Ha estado usted en Alejandría? - Y acto seguido el anciano le empezó a hablar de la belleza de la ciudad, de su puerto y su faro. Del ambiente abarrotado de sus calles. De su tradición, y de otras tantas cosas. - Sí, veo que ha estado usted en Alejandría. - repuso el estudiante - Pero, ¿estudió usted en la Biblioteca de Alejandría? . -

Una vez más el anciano se encogió de hombros y dijo: - No. -

De nuevo el estudiante se llevó las manos a la cabeza y dijo: - Pero cómo es posible, ¡Ha perdido usted media vida!. -

Al rato el anciano vio en la otra punta del barco que entraba agua entre las tablas el barco. Entonces el anciano preguntó:

- Tú has estudiado e muchos sitios, ¿verdad?. -

Y el estudiante enhebró una retahíla de escuelas, bibliotecas y lugares de sabiduría que parecía no tener fin. Cuando por fin terminó el viejo le preguntó:

- ¿Y en alguno de esos lugares has aprendido natación?. -

El estudiante repasó las decenas de asignaturas que había cursado en los diferentes lugares, pero en ninguna de ellas estaba incluida la natación. - No. - respondió.

El anciano, arremangándose y saltando encima de la borda dijo antes de tirarse al agua:

-Pues has perdido la vida entera. -

CEBOLLA Y TRIGO

CUENTO JUDÍO

De todos los judíos orientales, los de Mossul eran considerados como los más inteligentes y sútiles. Satanás escuchó algo de eso y decidió engañar a uno de ellos. Quería demostrar, que ni los judíos de Mossul pueden superarlo. El es capaz de superarlos en astucia y ellos caerán en su trampa. Así que se acercó a uno de los judíos de Mosul, se les presentó como un extranjero que había llegado a este lugar para radicarse allí. Satanás le dijo:

- "Hagamos juntos un negocio. Yo con mi plata y tú con tu inteligencia y con el trabajo de tus manos". El judío estuvo de acuerdo. Arrendaron un campo y sembraron cebolla. Las cebollas brotaron, crecieron sus largas hojas verdes hacia arriba y cubrieron toda la superficie del campo con su verdor fresco y brillante.

Llegó la época de la cosecha. Le preguntó el hombre de Mossul a su compañero: - "¿Qué quieres tú, lo que está encima de la tierra o lo que está abajo? Satanás se acordó de las cebollitas chiquitas de aspecto miserable que pusieron en la tierra y vio la maravilla de las hojas encima de la tierra, eligió las hojas. En seguida, contrataron trabajadores, que sacaron las cebollas. El judío tornó todo lo que estaba debajo de la tierra y ganó mucha plata. Satanás tomó lo que estaba encima y perdió su inversión.

Cuando empezó la nueva temporada, sembraron trigo. Entonces vio Satán las espigas verdes y pensó en su corazón: "Esta vez no voy a cometer una equivocación. No me dejaré engañar por el aspecto, ni me dejo estafar por la linda apariencia". Las espigas se tornaron amarillas y él dijo a sí mismo en su corazón: "Fíjate, la magia desapareció y nada de valor se puso en evidencia". Cuando su compañero vino y le preguntó. "¿Qué quieres tú, lo que está encima o lo de debajo de la tierra?" El Satán contestó sin vacilación. - "Lo que está debajo"

El judío de Mossul trajo cosechadores. Ellos segaron el trigo y el judío le dijo al Satán: - "Bueno llévate todo lo que está debajo." El Satán examinó la situación y comprobó: "Realmente, los judíos de Mossul vencieron incluso al mismo Satán en astucia".

EL CONSEJO DE SALOMÓN

Un día, el Rey David estaba muy triste. Llamó a uno de sus súbditos y le dijo: -"Quiero que me hagas un anillo que, al mirarlo en mis horas de angustia, me haga olvidar este sentimiento. Al mirarlo cuando esté demasiado alegre, me haga recordar que la alegría pasa de la misma manera. Te voy a dar una semana de tiempo para cumplir con mi deseo, pero si no te resulta, vas a perder tu empleo."

El joyero, que no sabía cómo satisfacer el deseo del Rey, salió a la calle de muy mal humor. Y en ese momento se encontró con Salomón, que era muy amigo suyo. Salomón, al ver tanta desesperación en su cara, le preguntó qué le pasaba. Al escuchar el problema de aquél pobre hombre, el hijo del Rey le dijo: -"Yo sé que mi padre tiene de vez en cuando esas ideas extravagantes. Sin embargo, no te preocupes, ya que no es tan difícil complacerlo. Haz un hermoso anillo de oro, y sobre él grabarás estas tres letras: *guímel-zain-yod*, que son las iniciales de la frase '*Gam ze yaavor*' –"también eso va a pasar". Cuando mi padre esté triste y angustiado, mirará el anillo y entenderá, que la tristeza y la angustia son pasajeras. Y cuando esté demasiado alegre y contento, las palabras grabadas en el anillo le van a recordar que la alegría y la felicidad también pasarán, y que todos los estados de ánimo son variables en esta vida".

Así lo hizo el joyero. Siguió el consejo de Salomón y llevó el anillo para el Rey David, quien quedó muy contento y le dijo, riendo de todo corazón: -"¡Qué bien! Pero eso no es harina de tu saco; es seguramente el consejo de mi hijo Salomón".

Por supuesto, el joyero no lo negó.

CONTOS DE SUDAMÉRICA

LEYENDA DEL SACI PERERÊ

BRASIL

El Sací es posiblemente el personaje más popular en el folclore brasileño. Es un joven con una sola pierna, negro o mulato, con agujeros en las palmas de sus manos, que fuma una pipa y usa una gorra mágica de color rojo para aparecer o desaparecer donde desee (generalmente, en el medio de un remolino). Considerado un bromista molesto en la mayor parte de Brasil, y una criatura potencialmente peligrosa y dañina en otros lugares, no obstante puede conceder deseos a todos lo que logran atraparlo, o consiguen robar su mágica gorra. Se conocen distintas variantes del mito: el Sací pererê, negro como el carbón; el Sací trique, mulato y más benigno o el Sací saçurá, con ojos rojos.

Bromista incorregible, el Sací no causa daños de importancia, pero no hay daño que no pueda hacer. Oculta los juguetes de los niños, extravía a los animales de granja, se burla de los perros, y maldice a las gallinas para que no puedan incubar sus huevos. En la cocina, el Sací derrama toda la sal, agria la leche, quema el frijol cocido, y coloca moscas en la sopa. Si unas palomitas de maíz fallan, es por la maldición del Sací. A la menor oportunidad desafilará la aguja de costura, ocultará su ojo y enredará el hilado. Si ve un clavo en el suelo, lo colocará con la punta hacia arriba. En resumen, todo lo que va mal en la casa o fuera de ella, puede ser atribuido sin dudar al Sací.

Todo remolino -dice la leyenda- lo causa la danza circular de un Sací: se lo puede capturar arrojando dentro del remolino un rosario bendecido, o agitando allí un colador. Con cuidado puede ser atrapado en una botella de vidrio oscuro, que se tapará con un corcho que tenga una cruz marcada. Para esclavizarlo, nada mejor que quitarle su gorra, que es la fuente de su poder: se dice que un Sací esclavizado que recupera su libertad, según el trato recibido, puede llegar a ser un amigo digno de confianza, o un terrible enemigo.

NACIMIENTO DE LA GUITARRA ARGENTINA

Hilario no conocía más que la soledad. Y al principio no le importaba. ¿Qué podía faltarle a un gaucho joven, si tenía un rancho donde cobijarse, un caballo incansable y unas cuantas ovejas que atender? Andar por esos campos interminables que su caballo tan bien conocía, hilvanando y deshilvanando un silbido que corte el silencio del campo que se aquietaba...

Así fue como comenzaron Hilario a cansarse de su soledad y las cosas a suceder. El aborrecía el silencio. Por eso buscaba el rumor del arroyo, o se entretenía escuchando el canto de los pájaros. Azuzar las ovejas, el "vamos bonito" mientras picaba con el rebenque el anca sudada del caballo, eran los pocos diálogos de su vida solitaria. Una tarde que anunciaba lluvia, Hilario se fue a dormir, lo hizo de a ratos sobresaltado por los truenos y relámpagos, hasta que al fin se durmió profundamente. Soñó con la lluvia de voz serena y melodiosa. Cuando despertó, Hilario ya lo sabía: necesitaba compañera.

La tarde siguiente lo encontró a Hilario con camisa limpia, domando su pelo tieso. Llegó al pueblo y no la vio al principio, entre la gente que se juntaba frente a la pulpería. Fue cuando dio vuelta a las casas para buscar el pozo que la escuchó cantar un aire alegre inclinada sobre el fuenteón. Era la muchacha con la que había soñado, con su voz, su cara y su cuerpo, y se llamaba Rosa. El la llevó al rancho y allí se acabó su soledad. Él, ahora, apuraba el regreso de su trabajo. Rosa resumía toda su felicidad.

La desgracia vino un día en que Amuray, el cacique de una tribu indígena, también se enamoró de esa criolla tan graciosa, tan amante y tan fiel. El indio esperó la oportunidad; primero quiso seducir a Rosa, inútilmente; finalmente, una tarde, un rato antes de que Hilario regresara, asaltó el rancho y se la llevó.

Hilario se extrañó de que su mujer no saliera a esperarlo. Al llegar al claro el viejo silencio volvió de pronto, pero esta vez era un grito. El gaucho comprendió, no tuvo más que ver el desorden del rancho, el agua volcada en el patio y las manchas de sangre sobre la tierra. Al galope y con el corazón apretado, siguió el rastro. La persecución duró poco, pero la lucha fue feroz. Al ver a Rosa herida, Hilario se abalanzó sobre Amuray y con un certero puntazo de cuchillo hizo que soltara a la cautiva. A duras penas pudo sostener a la desmayada Rosa, que, antes de llegar al rancho, ya estaba muerta.

Hilario, abrazado al cadáver, llamó a su amada con el sinfín de palabras que ella le había enseñado y lloró con toda la pena mientras caía la noche. Se quedó dormido bajo las estrellas con la cabeza sobre el cuerpo querido, sólo con el sueño llegó el alivio.

No lo despertó el alboroto de los pájaros ni el resplandor del sol, sino una música desconocida y tan cercana que parecía brotar de su propio cuerpo. Cuando tomó conciencia, llegó la pena del recuerdo y la sorpresa de ver que sus brazos ya no rodeaban el cuerpo de su compañera sino una caja de madera con forma de mujer apenas perlada por el tenue rocío del amanecer.

LA LLORONA

COLOMBIA Y OTROS

Quienes le han visto dicen que es una mujer revuelta y enlodada, ojos rojizos, vestidos sucios y deshilachados. Lleva entre sus brazos un bultico como de niño recién nacido. No hace mal a la gente, pero causan terror sus quejas y alaridos. Las apariciones se verifican en lugares solitarios, desde las ocho de la noche hasta las cinco de la mañana. Sus sitios preferidos son las quebradas, lagunas y charcos profundos, donde se oye el llanto y los ayes lastimeros. Se les aparece a los hombres infieles, a los perversos, a los borrachos, a los jugadores y en fin, a todo ser que ande urdiendo maldades.

Durante la guerra civil, se estableció en la Villa de las Palmas o Purificación un Comando General, donde concentraban gentes de distintas partes del país. Uno de sus capitanes, de conducta poco recomendable y que encontraba en la guerra una aventura divertida para desahogar su pasado luctuoso de asalto y crimen, se instaló con su esposa en esta villa, que al poco tiempo abandonó para seguir en la lucha. Su afligida y abandonada mujer se dedicó a la modistería para no morir de hambre mientras su marido volvía y terminaba la guerra.

Al correr del tiempo, las gentes hicieron circular la noticia de la muerte del capitán, y la pobre señora guardó luto riguroso hasta que se le presentó un soldado que formaba parte del batallón de reclutas que venían de la capital hacia el sur, pero que por circunstancias especiales, debía demorar en aquella localidad algunas semanas.

La viuda, convencida de las aseveraciones sobre la muerte de su marido, creyó encontrar en aquel nuevo amor un lenitivo para su pena, aceptó al joven e intimó con él. Los días de locura pasional pasaron veloces y nuevamente la costurera quedó saboreando el abandono, la soledad, la pobreza y sorbiéndose las lágrimas por la ausencia de su amado. Aquella aventura dejó huellas imborrables en la atribulada mujer, porque a los pocos días sintió palpitar en sus entrañas el fruto de su amor.

Nueve meses después, un batallón de combatientes regresaba del sur el mismo día que la costurera daba a luz un niño flacuchento y pálido. Aquel cuartucho silencioso y pobre se alegró con el llanto del pequeñín. Al atardecer de aquel mismo día, llegó corriendo a su casa una vecina amiga, a informarle que su esposo el capitán no había muerto, porque sin temor a equivocarse, lo acababa de ver entre el cuerpo de tropa que arribaba al campamento.

En tan importuno momento, esa noticia era como para desfallecer, no por el caso que pocas horas antes había soportado, como por el agotamiento físico en que se encontraba. Miles de pensamientos fluían a su mente febril. Se levantó decidida de su cama. Se colocó un ropón deshilachado sobre sus hombros, cogió al recién nacido, lo abrigó bien, le agarró fuertemente contra su pecho creyendo que se lo arrebatarían y sin cerrar la puerta abandonó la choza, corriendo con dificultad. Se encaminó por el sendero oscuro bordeado de arbusto y protegida por el manto negro de la noche.

Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer, seguía corriendo... los nubarrones eran más densos, la tempestad se desató con más furia. La luz de los relámpagos le iluminaba el camino. La naturaleza sacudía con estertores de muerte. La demente lloraba. Los arroyos crecieron, se desbordaron. Al terminar la vereda encontró el primer riachuelo, pero ya la mujer no veía. Penetró a la corriente impetuosa que la arrolló rápidamente. Las aguas bramaron. En sus estrepitosos rugidos parecía percibirse el lamento de una mujer...

CONTOS PRE- COLOMBINOS

CUENTO AZTECA

Para nuestros ancestros, los antiguos mexicanos que habitaron en la cuenca lacustre del altiplano central, el culto a los poderes de la naturaleza, expresados en el aire, la lluvia y por supuesto, el fuego, gozaba de capital importancia.

Sin duda, una de las mayores preocupaciones que tuvieron los mexicas fue el mantener en constante satisfacción a su dios principal Huitzilopochtli, capturando decenas de guerreros enemigos para después sacrificarlos en lo alto del llamado Templo Mayor de Tenochtitlan, ofrendando así su sangre o, de ser necesario, entregando su vida misma en el campo de batalla para con ello poder acompañar al astro rey durante su trayecto del oriente al cenit, justo en el punto donde se desarrolla la máxima expresión solar del día.

Según las antiguas tradiciones indígenas que fueron rescatadas en los textos de los frailes y religiosos del siglo XVI, podemos advertir una hermosa leyenda de amor entre dos jóvenes mexicanos, personificados como el Popo y el Izta, quienes fueron inmortalizados en la imagen de los enormes volcanes: En algún tiempo, un joven guerrero mexicano se enamoró de una doncella a la cual juró su amor por la eternidad. Como todo buen hombre de su época, el valiente guerrero Popocatépetl tuvo que partir al campo de batalla; a su regreso se encontró con que su amada había muerto trágicamente; al enterarse, prefirió entregarse a su sufrimiento y obedeciendo a su juramento, decidió acompañarla por el resto de la vida.

Con el paso de los años, pero sobre todo, con el paso continuo del tiempo, ambos jóvenes fueron cubiertos por las formaciones y los caprichos que la madre tierra crea sobre la faz de la tierra. Fue de esta manera que la joven pareja quedó formalmente unida bajo la tutela de los dioses. Y ahora ellos, uno cerca del otro, como eternos enamorados, se cortejan conformando el marco perfecto para coronar a la gran ciudad de México...

CUENTO MAYA

Cuentan que antes de la llegada de Quetzalcóatl los mayas sólo comían raíces y animales que cazaban. No tenían maíz, pues este cereal tan alimenticio para ellos, estaba escondido detrás de las montañas. Los antiguos dioses intentaron separar las montañas con su colosal fuerza pero no lo lograron. Los aztecas fueron a plantearle este problema a Quetzalcóatl. Yo se los traeré- les respondió el dios.

Quetzalcóatl, el poderoso dios, no se esforzó en vano en separar las montañas con su fuerza, sino que empleó su astucia. Se transformó en una hormiga negra y acompañado de una hormiga roja, marchó a las montañas. El camino estuvo lleno de dificultades, pero Quetzalcóatl las superó, pensando solamente en su pueblo y sus necesidades de alimentación. Hizo grandes esfuerzos y no se dio por vencido ante el cansancio y las dificultades. Quetzalcóatl llegó hasta donde estaba el maíz.

Y como estaba transformado en hormiga, tomó un grano maduro entre sus mandíbulas y emprendió el regreso. Al llegar entregó el prometido grano de maíz a los hambrientos indígenas. Los aztecas plantaron la semilla. Obtuvieron así el maíz que desde entonces sembraron y cosecharon. El preciado grano aumentó sus riquezas, y se volvieron más fuertes, construyeron ciudades, palacios, templos,... Y desde entonces vivieron felices. Y a partir de ese momento, los aztecas veneraron al generoso Quetzalcóatl, el dios amigo de los hombres, el dios que les trajo el maíz.

El significado del nombre Quetzalcóatl es Serpiente Emplumada. Es un nombre azteca. Para los mayas este mismo era Kukulcán, que significa exactamente lo mismo

CUENTO INCA

Había una vez un valle muy fértil rodeado de montañas altísimas. Ese valle estaba ubicado en el territorio que hoy ocupa el norte de Bolivia y el sur de Perú. Los hombres que allí habitaban vivían felices sin preocupaciones. Los Apus, dioses de las montañas, les procuraban todo lo que necesitaban, desde alimento hasta abrigo. Además los protegían de todos los peligros y angustias. Los Apus habían puesto todos estos bienes a disposición de los hombres con una sola condición: que ningún hombre debía escalar jamás la montaña donde ardía el fuego sagrado.

Los hombres siempre habían obedecido el mandato de sus dioses protectores, pero un día, el diablo, molesto de ver tanta paz y tranquilidad, comenzó a instigar a los hombres para que compitieran entre ellos para averiguar quién de ellos era el más valiente. La muestra de coraje consistía en desafiar a los dioses. Un día, los hombres decidieron escalar la montaña donde ardía el fuego sagrado, pero los Apus los sorprendieron a mitad de camino. Al ver que los hombres habían desobedecido su mandato decidieron exterminarlos. Bajo la orden de los dioses, cientos de pumas que poblaban la montaña del fuego sagrado salieron de sus cuevas y comenzaron a devorarlos. Los hombres pidieron ayuda al diablo, pero este los ignoró porque ya había logrado lo que pretendía.

Desde lo alto del cielo, Inti, el dios del Sol, contemplaba la masacre con tristeza. Tanto era su dolor que lloró amargamente durante cuarenta días. Tan profuso fue su llanto que sus lágrimas inundaron el valle por completo. Todos los hombres murieron salvo un hombre y una mujer que estaban en una barca de juncos. Cuando el sol volvió a brillar vieron que se encontraban navegando sobre un lago enorme. Y sobre las aguas del lago podían verse los pumas ahogados transformados en estatuas de piedra.

Esta pareja llamó al lago Titicaca, que significa el lago de los Pumas de Piedra.